18 de Julio de 1936

¡Qué feliz era todavía! Todas las mañanas, cada día, con mis amigos Carmenchu Fagoaga (sobrina del gran tenor Fagoaga), Mª Teresa Inda, Martín Elgorriaga (del crucero), Miguel Astondoa y otros, asistíamos a clase con D. Facundo y su hija, Pepita Baile, donde yo, después de salir del colegio de monjas y hacer mi bachiller, estudiaba Comercio y preparaba mis oposiciones a Aduanas.

El día 18, como todos los días, al salir de clase en el barrio de Alzate, nos sorprendió ver por la calle, frente a la academia, cantidad de carabineros y gente, mucha gente. D. Facundo, el profe, nos dijo todo asustado; "No vayáis por la carretera, marcharos por los "ostes" (traseras), que algo pasa"

¡Quién nos iba a decir que iba a ser el último día que nos encontráramos toda la cuadrilla en clase! Marchamos por la orilla del río, unos cerca y otros más lejos, hasta el barrio de Vera. (el pueblo se divide en dos partes, Alzate y Vera), sin ver nada ni a nadie, y así paso el día sin enterarnos de más. Llegó la noche y sentí que mi padre salía de casa y, al poco rato, volvía.

A la mañana temprano, toda la calle principal aparecía llena de fuerzas del Ejército y paisanos con boinas rojas, que venían de Pamplona, cantando cosas que yo nunca las había oído. Pasaban en camiones y nos obligaban a levantar la mano, en saludo, como lo hacían ellos. ¡Qué sabíamos nosotros qué era el saludo fascista! El ajetreo era continuo.
Sobre las 10 de la mañana vinieron una pareja de la Guardia Civil a casa, preguntando por mi aita, que dormía todavía. Fue cundo me enteré que, a la noche, vinieron a buscarle unos carabineros, de los que estaban en el "puesto" de Vera y eran conocidos en el pueblo, para rogarle que los llevara a Endarlaza, a 7 kilómetros de distancia, pero al otro lado del Bidasoa, hacia Irún. Lo mismo hicieron con los dos o tres coches, y algunos camiones del pueblo. Por cierto, recuerdo que Isidoro Fagoaga fue también con su camión, llevando carabineros, pero él no volvió a Vera, sino que pasó por Irún a Francia y, posteriormente marchó a Argentina, donde tenía un hermano. Eso le valió salvar la vida, seguramente.

Como iba contando, la pareja de guardias registró todos los armarios, y etc…etc… De uno de los armarios sacaron un niño Jesús en su cunita, que me había tocado en una rifa en el colegio, y lo sacábamos por Navidad. Al ver aquello, le preguntaron a mi madre: Hay algún otro Seminario en el pueblo? Sí, pero muy ancianos. (precisamente eran los padres de Juan Miguel Seminaria, quien se crió con una muchacha de D. Pío Baroja y compañera de Martina la cocinera.

Este Juan Miguel llegó luego a ser, durante muchos años, Director del periódico de Bilbao, El Correo o la Gaceta del Norte, ahora dudo de cuál de los dos.

A continuación, llevaron a mi aita a la cárcel situada en las bajos del Ayuntamiento y, en medio de los dos, como si de un criminal se tratara. Nos fuimos enterando, al caer el día, que habían detenido a otros buenos hombres, que nun-

ca habían hecho mal a nadie. A los dos días los llevaron a Pamplona, donde, en la celda nº 13, en la cárcel los metieron.
Por uno de ellos, que salió y volvió a Vera, supimos que nuestro aita se hizo muy amigo de Irujo y solían tener buenas charlas, los dos, en el patio de la cárcel.

Por la noche (vuelvo a recordar los primeros días de la llegada de las fuerzas de Requetés) y esto no he querido decir nada a nadie, una jóven de la casa vecina a la mía me dijo: "Acabo de llegar de Endarlaza, por la vía, y les he dicho a los carabineros leales al Gobierno, que aquí hay mucho jaleo". Se llamaba Maritxu. Sé tambien dónde vivía y el nombre de su padre, pero no puedo desvelar sus nombres sin su permiso.

No tardó mucho tiempo en saltar por los aires el puente, sobre el Bidasoa, en Endarlaza, por lo que las fuerzas del Gobierno quedaron en la orilla de Guipúzcoa y los Requetés en la de Navarra, así que tuvieron que quedarse éstos en Vera, hasta poder atravesar el ría y avanzar hacia Guipúzcoa, para lo que levantaron la vía del tren vasco, que llegaba de Elizondo a Irún. Allí fueron enterrados algunos de los que fusilaban.

Después de esto, obligaron, despacharon mejor dicho, a las mujeres e hijos de los carabineros a abandonar el pueblo hacia Guipúzcoa. No supe cómo atravesaron el Bidasoa, sería mojándose todos, porque no había otro medio. A continuación saquearon todas las casas vacías abandonadas. Yo vi salir a uno de ellos con unos zapatos, diciendo que le iba a llevar a su novia.

La Comandancia Militar la pusieron en el chalet del médico ausente del pueblo, pero duró poco y la trasladaron al chalet de Grende, un americano rico que se marchó del pueblo a Francia, con su familia. Su Comandante, jamás se me olvidará su nombre, se llamaba Vizconde de Altamira, que fue quien recibió el aviso de que a mi ata, después de un juicio sumarísimo, lo iban a fusilar y tenía que ir la familia a despedirse a Pamplona. Como mi casa estaba junto al chalet de la Comandancia, requisaron en mi casa una habitación que había en el portal, ajena al piso, donde iban y venían las fuerzas que hacían la guardia. Por todo ello, temiendo por nuestra seguridad, la hermana de mi madre, de Vergara, Manolita, nos llevó con ellos y, con la ayuda del tío Pedro, fuimos colocándonos los hermanos, y con suerte.

Pero llegó el día negro. Juicio sumarísimo para mi aita, tachándole de marxista vasco peligroso. Le condenan a muerte pero, según el reglamento, le conceden tres gracias. El dice:

1º Saber quienes eran los denunciantes. ¡Concedido!

2º Enterrarle donde Juanito, su hermano. ¡Concedido!

3º Despedirse de la familia. ¡Concedido!

Y mi madre, valiente como buena vasca, se hace acompañar por el Rector de la Escolapios, padre Larramendi, y mi tía Nicanora, de Olagüe.
A su llegada a Pamplona, mi aita le dice a mi madre: Los denunciantes han sido, éste, éste y éstos. A continuación le dice estas palabras: "No te digo para que os venguéis, sino para que viváis alertas". Pero qué oigo, dijo el padre Larramendi. ¡Si (xxx) viene a misa todos los días y se confiesa conmigo! Pobre padre, el disgusto que le supuso al saber aquello!

A los dos días llamó un hombre en mi casa y nos entregó un paquete sin decir nada. Qué contenía? La gabardina y una medalla de San Cristóbal, de plata, que mi aita la llevaba siembra al cuello. Dónde él estaba?

Perdonaremos, como tú nos pediste, a los que tanto daño nos hicieron, pero olvidar? Eso no se olvida. Deshicieron nuestra vida, pero seguro que tú estarás en el Cielo y sentiremos tu presencia.

Nos costó mucho dolor y sufrimiento la falta de él y la penuria económica a que nos vimos llegar, puesto que a los 8 o 10 días, el Diario de Navarra, lo mismo que su fusilamiento, publicaba la incautación de bienes por responsabilidades políticas. El coche, un Buik de 6 asientos, lo llevaba el Capellán del fuerte de Guadalupe en Fuenterrabía. Otras cosas de valor las guardó en su casa el Secretario del Ayuntamiento, Paco, amigo nuestro, hasta que pasara todo y nos devolvió. La casa se vendió rápido a una señora, con lo que pudimos comer.
Mi agradecimiento al pueblo de Vergara será eterno, por su trato hacia nosotros, reintegrándonos en el pueblo y ayudándonos a superar aquellos terribles días, por lo que nos sentíamos unos vergareses de siempre.
Yo en estos momentos solo pido paz, sí pero paz con justicia para Euskadi.

Martina Seminario Garralda

KORTA ANAIAK
AROZTEGI METALIKOA
Bidasoa karrika, 76 - 17. atea
Tel-Faxa: 948 631 651
BERA
Ongi pasa bestak!